

15 - La guerra de una joven contra las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

- [15 - La guerra de una joven contra las estrellas \[Youjo Senki/Star Wars\]](#)

15 - La guerra de una joven contra las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

La guerra de una joven contra las estrellas

15

Mandalore, Sundari, 42 ABY.

Mientras contemplaba el desierto desde la cabina, preparando nuestra llegada a una de las gigantescas ciudades cerradas, fruncí el ceño ante lo que observaba. Mandalore es un mundo cuya superficie ha sido devastada por la guerra. Desde el espacio, solo se distinguen unos pocos grandes parches de verde y azul en la naturaleza—menos del treinta por ciento del planeta. Mi investigación reveló que, en su momento, el planeta era muy parecido a la Tierra. Ahora, extensas áreas están convertidas en desierto. La mayor parte de su población reside en grandes ciudades construidas en forma de cubos o cúpulas, diseñadas para crear un entorno algo más habitable. Sundari se encontraba bajo una de esas cúpulas.

"Detesto los desiertos", se quejó Obi desde su asiento trasero, y no pude más que estar de acuerdo.

"Nada pone a prueba la resolución, la fortaleza y la ingeniosidad de un ejército como una campaña en el desierto", murmuré, sacudiendo la cabeza.

"¿Ah, sí?" Master Dooku levantó una ceja, y en esa sílaba percibí su deseo de escuchar más.

"En casi cualquier otro lugar, es bastante fácil encontrar comida, agua y otros recursos. Cuando se hace la guerra en un sitio que no es un desierto, se espera poder establecer comercio o adquirir de forma forzada ciertos bienes y servicios de los habitantes locales, ya que suelen contar con infraestructura, base de manufactura, agricultura y similares. Pero en un desierto, dependiendo del tipo,... no hay tierra firme sobre la cual edificar, si todo está cubierto de arena. Sin embargo, eso se puede sortear con tiendas y otras estructuras temporales. Lo que sucede es que no hay materiales de construcción.

"mantener caliente, frío"

"¿Qué?"

“no siempre se hace eso, todo”

“podría ser muy malo”

“Me niego”

El nave impactó suavemente en nuestro espacio de aterrizaje, y pulsé el botón para apagar los motores mientras el Maestro Dooku se levantaba. Lo seguí, junto con Obi, fuera de la cabina, rumbo a mis aposentos, y agarré mi bolso. La mayor parte de mi equipo la dejé en la nave, pues no esperaba necesitar el equipo de supervivencia en la naturaleza. Solo llevaba unos cambios de ropa. Todo lo importante, lo dejaba atrás, por si acaso.

Somos diplomáticos tratando de mediar algún tipo de acuerdo entre las facciones mandalorianas; algunas personas quizás no aprecien la idea de negociar o que alguien se entrometa donde creen que no deben. Matar a un enviado diplomático era una táctica añeja en la guerra—a veces incluso se realizaba como bandera falsa por parte de la facción que, supuestamente, apoyaban los diplomáticos, simplemente como excusa para señalarles y movilizar a sus seguidores tras la idea de que estaban siendo perseguidos o atacados. No anticipaba que me sorprendiera, pero también sabía que el enemigo lo sabía muy bien.

“Por lo general, podría ser así”

Los Masters Qui-Gon y Dyas nos acompañaron al salir de las naves y aseguraron su cierre, mientras nuestro grupo avanzaba hacia un ascensor. Nos hicieron pasar por lo que parecían ser controles, con los Maestros mostrando algún tipo de identificación diplomática, y pronto llegamos a la calle. Al mirar a mi alrededor, quedé bastante impresionada por la arquitectura. Claro, era solo otra ciudad, pero aquí tenían edificios suspendidos del techo. Parece que hicieron todo lo posible por no desperdiciar espacio, dejando suficiente para que pareciera abierta y sin sensación de claustrofobia.

Tomamos un speeder hacia el edificio invertido cerca de donde se realizaban las negociaciones y rápidamente nos instalamos en nuestras habitaciones de una suite enorme en la base de la torre—lo que, en un edificio normal, sería la cima. Obi y yo compartíamos una habitación, mientras que los Maestros tenían cada uno su propio cuarto. Una vez que nos acomodamos y nos refrescamos, salimos del hotel rumbo al centro de convenciones donde se celebraba la cumbre.

Al entrar, nos dirigieron hacia una sala grande con asientos en forma de estadio elevado, que ya empezaba a llenarse de interesados, pues, aunque esto no estaba abierto al público, había muchas personas apoyando a ambos bandos: inversionistas, aliados políticos y similares—sin olvidar a todo el personal de apoyo que corría de un lado a otro, algunos civiles, otros claramente militares. Ya se escuchaban gritos de varias personas reunidas en el centro—y en medio de todo, un hombre humano mayor y una joven mujer humana. De hecho, al mirar alrededor, me di cuenta de que era uno de los pocos que no éramos completamente humanos.

El hombre parecía tener unos cincuenta años, pero considerando las mayores expectativas de vida en este universo y la tecnología médica mejorada para mejorar la apariencia y ralentizar el envejecimiento, podría tener el doble. Tenía el cabello corto, negro con algunas canas, y barba de

punta en color negro. Vestía la misma armadura que vi que llevan los Mandalorianos más militarizados—la armadura había sido pintada de gris con detalles rojos, y tenía una media capa roja en la espalda.

Yo quiero una armadura así. Pero parece pesada y la velocidad y agilidad son clave en muchas técnicas físicas de un Jedi. Tendría que probar. Y, aún así, no tiene mucho sentido comprármela ahora. Mejor esperar a que termine de crecer antes de invertir en armadura.

Quizás...

Completamente concentrado...

¿En serio? ¿Ahora, justo ahora, descubres tu libido? Tendré que hablar con ella y asegurarme de que se enfoque en la misión, ¿no? A menos que el Maestro Qui-Gon me quite esa tarea primero. Aunque... no, ese hombre es muy “espíritu libre”. Puede que lo anime, mientras no interfiera con lo que estamos haciendo. ¡No mezclas trabajo con placer! No en el trabajo. Eso puede venir después. O, al menos, después de horas.

“El parece que ya comenzaron sin nosotros,” se rio el Maestro Qui-Gon.

El Maestro Dyas negó con la cabeza. “No creo que esto llegue a una resolución en breve.”

“Tomemos el control de la situación primero,” dijo rápidamente el Maestro Dooku, y la multitud se abrió paso para dejarlo avanzar.

Activando una fórmula de silencio, la configuré para cubrir un área amplia y la proyecté sobre el espacio frente a nosotros. Casi suspiré al notar que un silencio bendecido cubría la zona. Solo tomó un instante para que todos los que no éramos nosotros se dieran cuenta de que habían sido sometidos a un silencio forzado y comenzaron a mirar confusos. Cuando nos vieron, desactivé la fórmula.

“Un placer conocerte,” sonrió Qui-Gon, inclinándose ligeramente en señal de saludo. A los pocos segundos, le replicó el Maestro Dyas. Obi hizo una pequeña reverencia en silencio y yo seguí su ejemplo.

Esperanza y optimismo...

Y el sentimiento es mutuo. Esto va a ser una pelea, ¿verdad?

En el nivel profesional, no te pongas a jugar con fuego.

Reglamento...

“En realidad...”

Sabiendo...

“Es así,” aprobó Obi, asintiendo. Mirándome, preguntó, “¿No te molesta, verdad?”

Después de todo, había lidiado más de lo que me hubiese gustado con política—tanto corporativa como militar—entre dos vidas. Tenía una idea bastante clara de cómo se desenvolverían las cosas ahora que los mediadores habían llegado. Probablemente, el Maestro Dooku separaría a los líderes de ambas facciones y asignaría a un Maestro a cada uno para que abordaran en detalle las posiciones de sus lados y sus deseos precisos, sin que la otra facción interferiera. Como había tres, un Maestro—posiblemente Dooku mismo si lideraba esta operación y quería parecer imparcial—haría de intermediario con los patrocinadores de ambos bandos.

Probablemente pasarían al menos una semana, quizás dos, antes de que ambas partes volvieran a reunirse—esta vez en un entorno más controlado, con menos personas presentes. Preferiblemente, en una negociación a puerta cerrada. El Maestro Dooku, presumiblemente, expondría entonces los deseos de cada lado, las áreas en que estaban de acuerdo, las que causaban desacuerdo, y comenzaría a trabajar en lo que cada uno estaría dispuesto a ceder—dónde estaban dispuestos a ceder terreno, encontrarse en el medio, o qué estaban dispuestos a intercambiar. Kryze y Mereel luego llevarían eso a su gente, y regresarían con demandas revisadas y concesiones, repitiendo el proceso muchas veces, hasta que finalmente se alcanzara un acuerdo.

meses

salivando

otro

“

“

“lanzadores de proyectiles propelidos por tolva”

Tenía la sensación de que eran bastante similares a las reglas de armas de fuego que conocía por mi entrenamiento en las Fuerzas Armadas Imperiales, y no me decepcionaron. Aún así, escuchaba atentamente por si había algún punto nuevo. Lo básico era igual: no apuntes a nada que no tengas intención de matar, asegúrate siempre de tu objetivo y de lo que hay alrededor y detrás, trátalo como si estuviera cargado a menos que verifiques que está descargado. Realmente, solo hay algunas maneras de entender que son peligrosas y que podrían matar a alguien si no tienes cuidado.

Nuevas reglas incluían quitar siempre el cargador del bláster cuando fuera a guardarlo, porque un cargador defectuoso por sí solo era relativamente inofensivo, pero uno conectado a un bláster podría perforar un agujero en una nave espacial. Nunca dispaes dentro de una nave civil, la mayoría de sus cascos no estaban diseñados para soportar el impacto y rápidamente ventilan en el espacio. Realiza un mantenimiento regular antes de usarlo, a menos que desees reemplazar cualquier mano por una prótesis.

Seguí a Jango hasta la cabina de mando, donde se quitó el casco y se sentó de golpe en el asiento del piloto. Encendiendo la computadora, mostró brevemente la designación de la nave como JAST07, antes de pasar a modo de espera. “¿Sabes pilotar?”

“Lo hago,” confirmé.

El hombre sonrió y gesticuló hacia los controles del asiento del copiloto. “Muéstrame.”

Asentí y me senté, revisando los controles; eran bastante estándar y en su mayoría lo que esperaba, con algunas adiciones. Comencé a introducir la secuencia para despegar y, en poco tiempo, guiamos la salida del hangar y luego de la ciudad con cúpula. “¿A dónde?”

Puse la nave en la dirección correcta y aceleré. Una vez libres del tráfico aéreo local, puse la nave en piloto automático y me recosté en el asiento, mirando por la ventana el paisaje árido que pasaba bajo y alrededor nuestro.

Por un tiempo, sentí la curiosidad de Jango, hasta que finalmente preguntó, “¿Eres un hallazgo de Jedi?”

“¿Hm?” Levanté una ceja, volviéndome hacia él con una expresión interrogante.

“Un huérfano que encontraron y acogieron,” explicó.

“

Jango se rió entre dientes. “No. Eso no. Solo pensaba que los Jedi serían más cuidadosos con sus, ¿cómo era? ¿Padawans?”

reputación oficial

reputación

No por la razón que piensas, porque no es así.

“¿Eso es todo? Porque no actúas como esperan?” preguntó, la mayoría de esas sensaciones disipándose, salvo la incredulidad.

“Posible suicidio por Jedi”

“Sí.”

monjes guerreros

“

“

Negué con la cabeza de nuevo. “Es la primera vez que escucho esos nombres.”

Jango tarareaba, apartando la vista mientras la consola emitía pitidos que señalaban nuestra cercanía al destino. "¿Te gustaría aprender?"

Me sería de ayuda entender las verdaderas razones subyacentes del conflicto, si lograba comprender por qué se separaron en primer lugar. Si simplemente asumían que los Jedi saben, porque este Revan era uno de los nuestros y, por consiguiente, enseñaríamos sobre él como parte de nuestra historia, entonces no saber sería una desventaja y provocaría malentendidos, si no outright que uno no se entendiera con el otro. Sería como... Los británicos queriendo negociar con Japón en nombre de China y la persona que enviaron no solo desconociera la historia de enemistad entre Japón y China, sino también el papel de Gran Bretaña en ello, debido a su interés en el comercio.

“

“Ven esta noche, después de las negociaciones. Te llevaré a ver a Jaster. El viejo cuenta las historias mejor y probablemente ha olvidado más de lo que yo recordaré sobre ello.”

Asentí y tomé los controles, descendiendo y buscando un lugar sombreado para estacionar. Solo tomó un minuto encontrar uno y, suavemente, posé la nave en la arena, justo bajo un gran promontorio rocoso que sobresalía en ángulo.

Nos dirigimos hacia la parte trasera de la nave tras apagarla, y Jango abrió la armería y la sala de máquinas, donde empezó a sacar armas y colocarlas sobre la mesa. “Son todas repuestos, así que a nadie le importará si las tomamos prestadas, o si desaparece alguna o dos.”

“

Lo que vino después fue un proceso con el que estaba familiarizado desde mi anterior vida, aunque adaptado a las nuevas armas. Jango me mostró cómo desarmar y desmontar cada arma, limpiarla, verificar que no tuviera problemas y volver a armarlas. Todo el proceso tomó unas horas, dada la cantidad de armas que había seleccionado, pero eso no me molestó. Sabía que las usaría pronto y no me importaba limpiarlas y mantenerlas, si así evitaba dispararme accidentalmente en las manos.

Finalmente, terminamos el mantenimiento y él recogió varios cargadores, una lata de pintura en aerosol y una mesa plegable, dejándome a cargo de sacar las blásters afuera. Cuando simplemente las levanté y la mesa usando la Fuerza, él se rio y me acompañó fuera de la nave, donde colocamos la mesa en la base de la rampa.

algunas

Asintiendo, tomé la arma y coloqué el cargador. Verifiqué que estuviera cargada, me aseguré de que no estuviera en modo seguro y apunte, antes de disparar. Como había dicho, el retroceso era muy leve—menos incluso que con el 9mm Parabellum que conocía de los armas imperiales. La chispa del bláster cayó exactamente donde había apuntado y tararé.

“

“

Asintiendo mientras Jango explicaba, me di la vuelta del objetivo y apunte al desierto. Dispare tres veces con el bláster oculto, midiendo y anotando cada disparo, antes de pasar al siguiente en la mesa y repetir la operación. Luego al siguiente, y así sucesivamente. Tras el quinto, preguntó, “¿Qué estás haciendo?”

“ Matemáticas lo suficientemente aproximadas

Confundido, Jango preguntó, “¿Y luego qué?”

Le lancé una sonrisa y, por alguna razón, su mano se dirigió hacia su cinto, solo para detenerse a mitad de camino, en suspenso. “Imagina lo que podrías lograr si tuvieras en tu cabeza la computadora de puntería más precisa del mundo.”

Él lo consideró unos momentos y tarareó. “Demuéstralo. Tenemos un lanzador de objetivos que usamos para practicar contra blancos en movimiento.”

“Suenas divertido~,” volví mi atención a las armas y el hombre salió rápidamente de la nave, controlando muy cuidadosamente su lenguaje corporal para no mostrar cuánto le perturbaba la situación.

No tenía idea de qué le había alterado. ¡Yo estaba pasando un buen rato!